

Neoliberalismo: treinta años de migración en América Latina, México y Michoacán

RICARDO DOMÍNGUEZ GUADARRAMA (2017), *Neoliberalismo: treinta años de migración en América Latina, México y Michoacán*, Ciudad de México, UNAM, Unidad Académica de Estudios Regionales, 222 pp.

Son dos partes en las que se encuentra dividido el texto, la primera de ellas, en general, se encarga de llevar a cabo el análisis de la evolución histórica de los *stocks* y flujos migratorios a nivel internacional, particularmente la relación existente entre la región que comprende a América Latina con los Estados Unidos; y la segunda, está consagrada a realizar un análisis “introspectivo”, nos dirá el autor, para el caso de México, pero sin dejar de tener presentes las relaciones existentes que se “tejen” entre éste con los países de América Central y de forma especial con en el Estado de Michoacán (en territorio mexicano) *grâce à* la expansión y constante complejización del fenómeno migratorio.

En el primer capítulo, “El fenómeno migratorio desde una perspectiva global”, Domínguez nos expondrá datos duros en mano, en los que nos muestra, como a partir de la década de los años sesenta del siglo pasado, la migración a nivel global no ha parado de crecer, pasando de los 77.1 millones de migrantes internacionales registrados en esa década hasta alcanzar en 2013 los 231.5 millones, es decir, un incremento de poco más del 200% durante todo ese período. Demostrando además, que los flujos han evolucionado complejizándose, pues ya no sólo se dirigen del sur al norte global, sino que ahora, mayormente van al sur desde otras regiones y países del mismo sur del planeta. Pues en

(...) 2013, cerca de 82.3 millones de migrantes internacionales que nacieron en el sur radican en países en vías de desarrollo, cifra que supera a los 81.9 millones de migrantes internacionales originarios del sur que viven en el norte (p. 24).

También aquí, romperá ese mito que presenta la imagen de los migrantes como individuos adultos provenientes de comunidades pobres, todo lo contrario, ahora, más que nada, se trata de jóvenes, alejados de los estratos socio-económicos más bajos, que son originarios de comunidades urbanas y con instrucción superior a la educación básica. Para finalmente concluir en este capítulo, que existe una legítima necesidad de reformar

el derecho internacional con el objetivo de dignificar y humanizar la migración circular, y de este modo aprovechar el potencial que representan los flujos migratorios y hacerlos devenir en un agente de desarrollo.

En el segundo capítulo que lleva por título “La migración en el contexto neoliberal” Domínguez haciendo gala de pleno dominio del estado del arte sobre el tema, asegurará que el sistemático avance de la pobreza, el desempleo y los recortes en el gasto público en materia de salud, educación y vivienda, son consecuencia directa de la instrumentación de la política económico-social neoliberal en América Latina. Generándose así el “caldo de cultivo” idóneo para el florecimiento de un flujo migratorio siempre creciente. De modo que, para este recién comenzado nuevo siglo, se ha configurado un escenario excepcional de generación/recepción de remesas, pues la región en conjunto para 2013, aportó el 27.4% de este tipo de ingresos a nivel mundial (el que alcanzó los 518.8 mil mdd). Mismo que tocó su máximo histórico, cinco años atrás, en 2008, con 64.9 mil mdd, la mayoría provenientes de los Estados Unidos. Cifras impresionantes que, sin embargo para cada familia que las recibe periódicamente en los países de origen para complementar sus gastos, son insuficientes y precarias, prueba de ellos es que en 1995 y también en 2011 –dieciséis años después– su monto continuaba siendo en promedio de 326 dólares (pp. 69-71).

Hechos que han redundado en ganancias netas para Estados Unidos, puesto que, en promedio durante el período 2000-2012, son los inmigrantes (de todos los países de origen) y los nativos de origen latinoamericano los que han contribuido con el 51% del crecimiento de su PIB (p. 82). Lo que se refuerza al considerar que la fuerza de trabajo inmigrante ha devenido en un elemento estratégico para subsidiar el gasto público de aquél país, pues tan sólo en 2000, según el Sistema de Administración de Seguridad Social estadounidense afirma que, “(...) Los inmigrantes pagan aproximadamente 1 800 dólares más en impuestos de lo que reciben en beneficios públicos” (p. 84). Y es porque Estados Unidos está ganando/aprovechando tanto de la fuerza de trabajo migrante que el autor considera que las restricciones de corte militar, instrumentadas tanto por la Patrulla Fronteriza de Estados Unidos como por la marina y ejército mexicano a través del Plan Mérida, sean incongruentes al intentar detener, a través del uso de la violencia destructiva, el flujo de migrantes mexicanos y centroamericanos.

“Migración calificada ¿consecuencia neoliberal?” Es el título del tercer capítulo, y sin duda la respuesta es afirmativa pero, sólo en parte. Pues el autor propondrá otros dos elementos a la ecuación, que son: la crisis de finales de 2007 y los distintos planes de seguridad contra el narcotráfico que, en los hechos, han terminado por militarizar las fronteras del sur tanto de México como de Estados Unidos. Por lo tanto, esto ha provocado una reconfiguración de las rutas de tránsito, empujando a los migrantes a tomar aquellas que son las más peligrosas y mortales (como las que implican una travesía contada en días por las zonas desérticas que comparten ambos países). Bajo este escenario que dificulta por tres la migración con dirección hacia los Estados Unidos, uno pensaría que el flujo migratorio disminuiría pero más bien lo que ha ocurrido es que se ha mantenido y, además, se ha tendido a transformar cualitativamente. Ya que el flujo ha comenzado a integrarse de manera importante, por migrantes calificados y altamente calificados. Pues tan sólo de 1990 a 2000, los

(...) latinoamericanos calificados residentes en los países de la OCDE (más del 90% de ellos en Estados Unidos) creció el 168%; es decir, pasó de 1.9 a 5.1 millones en este periodo (p. 95).

Los que en su mayoría, especialmente después de la crisis, nos dirá Domínguez, no son población pobre o desempleada, sino todo lo contrario eran poblaciones con empleo y con educación superior. Para el caso mexicano según la Comisión Nacional de Población, aseguró que el número de migrantes calificados en territorio estadounidense con estudios de licenciatura y posgrados se incrementó de 114 000 en 1990 a 443 000 en 2005 (p. 102). Los que junto con los inmigrantes calificados del resto de países de América Latina, casi dos tercios de todos ellos entre 2005 y 2007 (60.9%), terminan por insertarse en actividades laborales que no son compatibles con sus capacidades y nivel de estudios (p. 100). Es entonces que, de la forma más contradictoria, los países de origen terminan por perder esta valiosa capacitación en fuerza de trabajo únicamente para ser desaprovechada en los países receptores a los que deciden migrar.

En el capítulo que abre esta segunda parte, “México ante la migración en un contexto neoliberal”, el autor volverá a insistir en la idea ya planteada, sobre que no existe un verdadero proyecto político a largo plazo que tenga por meta específica detener la migración como una opción de emergencia para su población, y lo que existe “simplemente” son leyes, proyectos, programas, institutos y secretarías tendientes a gestionar,

frenar y neutralizar el fenómeno, y la violación sistemática de los derechos humanos de los migrantes en tránsito. Como son el caso del Programa Paisano (1989); el Instituto de los Mexicanos en el Exterior y su Consejo Consultivo (2003); los programas para el impulso en inversión de infraestructura y los proyectos de desarrollo local como son el Programa 2 x 1 o 3 x 1 (2002); y más recientemente (después de la crisis de 2007) los programas de corte militar, para “filtrar”, violentamente, la migración centroamericana (el autor se refiere al Plan Puebla-Panamá, el Proyecto Mesoamérica y el Plan Frontera Sur). El auge de estos últimos halla resonancia en los discursos políticos, xenófobos y racistas que asocian el fenómeno, sin justificación alguna, con el narcotráfico, el terrorismo y la trata y tráfico de personas. Y como consecuencia, se esté ejerciendo de forma sistemática violencia destructiva en contra de los migrantes, lo que no se circunscribe estrictamente a criminales, sino que ha implicado también a autoridades mexicanas y estadounidenses. Afirmación que no es exagerada (Domínguez lo prueba), pues tan sólo en el período 2007-2011 se hallaron “1 230 cuerpo en 310 fosas clandestinas” (p. 127) la mayor parte ellos o quizás todos, migrantes; o que bien el 80% de la niñas y mujeres centroamericanas son violadas en su intento de cruzar el territorio mexicano. Bajo tal serie de evidencias, el autor dará cuenta de una dinámica contradictoria, pues mientras que en una dirección el flujo migratorio no cesa de crecer y complejizarse, pues el mercado de trabajo de Estados Unidos demanda ese tipo de fuerza de trabajo de la otra, no se detienen las leyes, planes y programas que van en sentido opuesto.

¿Cuál es la posición que ha asumido el gobierno mexicano con respecto a la migración en los últimos años? Es ésta precisamente la pregunta que Domínguez responde en este capítulo quinto, “Gobierno y migración en México”. Aquí de nueva cuenta se volverá a insistir en esa visión de corto plazo (de no más de 6 años, que es lo que dura un mandato presidencial en el país), donde lo que impera, en el mejor de los casos, es una actitud de gestión de los flujos migratorios (incluido el retorno) y, de intento de moderación de las violaciones a derechos humanos que se ejercen contra los migrantes. Nada más que eso. Reflejo de ello es la existencia de distintos programas e iniciativas ejecutadas por distintas secretarías e institutos nacionales enfocados a la atención médica, los servicios educativos y el otorgamiento de microcréditos. En 2012 se contabilizaban 81 iniciativas y programas de este tipo, cada una de ellas estéril como mecanismo que

contribuya a detener y dar solución a la migración de emergencia que caracteriza a los flujos del país. Domínguez al rastrear el tema en los Planes Nacionales Desarrollo propuestos desde el gobierno de Salinas de Gortari hasta el de Enrique Peña Nieto, concluirá que existe una suerte de malintencionada pretensión de “cuidar” a los migrantes con una meta específica que es, una vez instalados y que han hallado estabilidad profesional, de vivienda y familiar en aquel país, funcionen como

“un factor de presión política y económica” para el logro de un acuerdo migratorio; la promoción de sus derechos sociales, políticos y laborales; la institucionalización de los lazos entre emigrados y sus familias en nuestro país, para garantizar el envío de remesas y, finalmente, su utilización para defender la soberanía nacional a partir de su activismo y la expresión de la cultura nacional (p. 158).

“Gobierno y migración en Michoacán”, como capítulo que cierra el contenido de este libro se ceñirá a denunciar que a pesar de que la demarcación estatal pasó de registrar a 600 000 connacionales en territorio estadounidense en 1990 y casi triplicarse dos décadas después hasta alcanzar los 1.7 millones de michoacanos en 2010, y, además recibir un ingreso en remesas equivalente al 9% de su PIB (a comparación del promedio nacional que apenas es del 2%) (p. 197),

lo cierto es que hay quizá de manera deliberada una evidente escasez de recursos humanos, administrativos e institucionales que más que impedir la migración, sólo la gestionan o bien sólo la contemplan [p. 186].

Domínguez se refiere en específico a las Oficinas de Atención al Migrante que están a cargo de la Secretaría del Migrante (creada en 2008), que sin duda son un logro por parte de las autoridades y sociedad civil organizada de Michoacán, pero que resultan insuficientes tanto en magnitud como en su distribución espacial al momento de hacer frente al fenómeno. Pues tan sólo son 100 000 hogares michoacanos los que tienen algún nexo con el flujo migratorio (sea por retornados, familiares en Estados Unidos o bien por migrantes circulares), y apenas 33 las Oficinas de Atención al Migrante, que obviamente no alcanzan a cubrir las necesidades en los 113 municipios que conforman a Michoacán, pues en todos ellos se registra algún grado de intensidad migratoria, lo que para 2013 se traduce en una carencia efectiva de 70% para cubrir todas las necesidades del Estado en materia de migración.

Realmente las debilidades del libro se reducen a una, que es; el argumento sobre el factor cultural de la migración, uno que escapa a la migración de tipo de laboral o de emergencia que ha caracterizado al flujo migratorio durante las primeras dos décadas del siglo XXI, pues éste, nos dirá el autor, es un factor de orden histórico-estructural que en varias comunidades, como las mexicanas del estado de Michoacán, lleva reproduciéndose desde por lo menos mediados del siglo XIX. Lo que involucra a la hora de tomar la decisión de migrar hacia Estados Unidos factores como el prestigio y el honor de convertirse en hombre adulto o los sentimientos de reunificación familiar, más que la falta de empleo o una situación precaria en ingresos monetarios. Apenas el autor logra hacer mención de este factor en un par de ocasiones, en especial, en la parte final del primer capítulo, lo cual no es que no tenga relevancia, pero la falta de evidencia empírica para sostenerlo dificulta hacerlo un factor explicativo central en la argumentación del libro, siendo eclipsado, por lo “datos duros” de las remesas, niveles de desempleo, productividades del trabajo de la fuerza migrante latinoamericana, etcétera. En comparación a los certeros y brillantes señalamiento que hace en contra de la política económico-social neoliberal y los distintos programas y proyectos institucionales mexicanos, la primera como generadora de pobreza y los segundos como promotores del mantenimiento de los flujos migratorios al funcionar estrictamente como un freno que impide que las comunidades que reciben ingresos por remesas se hundan de forma definitiva en la pobreza más que como precursores de un desarrollo social real. De este modo el libro de Ricardo Domínguez se coloca como una investigación crítica alejada del *mainstream* de las investigaciones sobre migración que debe leerse si se quiere conocer el estado del arte, la evidencia empírica y las posturas institucionales contemporáneas sobre el fenómeno migratorio internacional en América Latina.

ADAN LAGUNES,
MAESTRO EN URBANISMO,
PROFESOR DE LA FACULTAD DE ECONOMÍA, UNAM